

EL PENSAMIENTO CONSERVADOR FRANCÉS

THOMAS MOLNAR

“Dios ha creado al hombre de tal manera que mientras más grande es el objeto de su amor, menos se apega directamente a él. Su corazón necesita pasiones particulares; necesita objetos limitados para que sus afectos sean más firmes y duraderos. Yo estoy convencido de que se sirven mejor los intereses de la humanidad dando a cada ser humano una patria propia, en vez de inflamar sus pasiones por la humanidad entera.” — DE TOCQUEVILLE.

Hace pocos años en San Francisco asistí a un debate entre dos profesores de colegio, uno liberal, el otro conservador. Como el primero era más vivo y más astuto, no tuvo dificultad en arrinconar a su adversario y en hacerlo admitir que los conservadores eran simplemente unos rezagados, que sufrían de baja presión política y que todo lo que deseaban era detener el curso de la historia, que atrevida, aunque quizás un poco bruscamente, es fijado por los liberales.

Este debate, como ninguna otra cosa, me demostró que la “teoría” conservadora —la que fue completamente ignorada por ambos contendientes— también necesita una “tradicición” conservadora para mantenerse viva en tiempos adversos, un mundo de razonamiento, una terminología propia, aun ciertos reflejos. Quizás el mayor obstáculo en el camino del actual movimiento conservador norteamericano es la casi total ausencia de una tradición conservadora “enraizada en la historia” de los Estados Unidos aunque, como Russel Kirk ha demostrado en “La Mentalidad Conservadora”, no ha habido carencia de pensadores conservadores, pero éstos han estado separados del curso de los acontecimientos concretos y de la modelación de la filosofía popular.

En los párrafos siguientes intentaré describir el reciente y actual pensamiento en los círculos nacionalistas o neoconservadores franceses. Esto es importante por dos razones: la primera es, como señaló el “Manchester Guardian” al tiempo de la formación del primer Gabinete de la Quinta República, que aunque M. Debré parecía “firme en su puesto”, la opinión internacional estaba, sin embargo, preocupada por “la ausencia de una coherente doctrina neo-Gaullista” que le diera personalidad a la nueva administración; y la segunda razón es la casi total falta de información en los Estados Unidos acerca de las personalidades (a excepción, por supuesto, de De Gaulle), de las ideas, de la tradición y de las aspiraciones de lo que se llama la “Derecha” francesa. Esta “Derecha”, al menos por lo que se sabe de ella, está más fácilmente identificada con el Fascismo y el Gobierno de Vichy, y se le niega la capacidad de escarmentar por las experiencias pasadas, por lo que se le acusa, —de antemano—, de oscuros designios, de ceguera ideológica, y de utopías en reverso.

Lo primero que debe comprenderse acerca de la situación francesa es que el pensamiento conservador no es meramente una ideología, sino que está, como su contraparte, —la ideología progresista liberal—, profundamente arraigado en la mentalidad francesa y en la trama de la sociedad. Esto no significa que el conservatismo sea estático, pues tanto la configuración socio-económica del

país como la expresión ideológica del lado conservador está sometida a continuas y serias transformaciones. Especialmente desde la Segunda Guerra Mundial la situación demográfica está cambiando considerable, y correlativamente, aunque movida también por muchos otros factores que se discutirán más adelante, la teoría conservadora se acomoda a las circunstancias, fórmula nuevas preguntas y encuentra las respuestas que asombran por su atrevimiento y originalidad. Ningún joven conservador puede llamarse a sí mismo “derechista” en el sentido en que muchos entre la generación de sus padres lo hicieron; de hecho, el meo término “Derecha”, cuando se les aplica, les provoca un encogimiento de hombros, indicando con ello que la vieja dicotomía ya no tiene sentido. “Si escribir y trabajar por la justicia social y el mejoramiento de las condiciones del pueblo es una tarea izquierdista, entonces yo estoy a la izquierda”, me decía una vez. Jules Monnerot, uno de los “hombres de cuarenta años”, brillante teorizador político que escribe en periódicos y revistas nacionalistas y monarquistas. “Sin embargo, es conforme a la razón”, añadía, “que ninguna sociedad estable, y por lo tanto, ningún progreso se conciba sin conservar lo que es esencialmente bueno entre las actuales fuerzas sociales y tradicionales”.

No olvidemos, empero, la aguda expresión del filósofo Alain, que uno puede reconocer a un hombre de Derecha por su negativa de la existencia de una Derecha y una Izquierda. Por supuesto que Monnerot y su generación de seguidores de la persuasión conservadora-nacionalista son discípulos de Maurras, el eminente pensador y teorizante político derechista. Esta es, a la vez, una brillante y difícil herencia, puesto que impone la tarea de reexaminar las necesidades del día en términos de ciertos principios políticos y filosóficos que fueron elaborados en un período diferente y reaccionaron en contra de un ámbito diferente. A menudo los jóvenes nacionalistas se encuentran en una posición similar a la de los contemporáneos Marxistas quienes, mientras se aferran a ciertos descubrimientos básicos de Marx, tienen que hacer un gran trabajo de interpretación y adaptación. En el caso de los modernos Maurrasianos, la necesidad es, precisamente, la de reconciliar a su maestro con Marx, esto es, reconciliar un modo de pensar que es esencialmente “político” (la famosa insistencia de Maurras en “política ante todo”) con una preocupación cuyo centro es el fenómeno “económico”. Si queremos entender qué persiguen los mejores elementos de la Derecha Francesa de hoy, debemos imaginarnos, más o menos en el punto de intersección de las dos líneas, la reconciliación de lo político y lo económico. Esto se evidencia particularmen-

te en los escritos de Paul Sérant, uno de esos hombres de la Derecha cuya influencia es considerable entre su propia generación y la generación más joven.

El nombre de Maurras no estuvo siempre asociado con el de "Reacción" y "Fascismo". Antes de 1914, él, como Sorel y Zola, estaba en contra del capitalismo y de la explotación industrial de los trabajadores, quienes en Francia, más que en otras naciones industriales, estaban más apegados a la tierra al modo de sus antepasados campesinos. No fue sino después de la guerra que él llegó a la conclusión que la Izquierda, en su totalidad, era un peligro para la supervivencia de la nación, y que el sindicalismo era la puerta de entrada de la infiltración izquierdista y comunista. Henri Massis, constante amigo y discípulo de Maurras, escribe sobre este importante tema: "La idea y las fórmulas de un cierto tipo de socialismo son aceptables a Maurras sólo dentro de una trama nacional, o mejor dicho, una trama monarquista. Para Maurras, el problema político no puede ser resuelto por una revolución económica, —como para los Socialistas y Comunistas—, antes por el contrario, el problema económico sólo puede resolverse por una revolución política". Esta última acarrearía un Estado ordenado, una sociedad estable no amenazada por la lucha de clases y por aquellos que medran en ella, un reforzado Poder Ejecutivo —en la persona del Rey—, el honor nacional restaurado a través de un "rayonnement" político y cultural. Sin tratar de dar la impresión de que el pensamiento de Maurras está limitado por esas metas, podemos, sin embargo, detenernos y observar que esas aspiraciones coinciden casi exactamente con las que el General De Gaulle se ha trazado para sí y para el nuevo régimen según varios escritos y discursos. Los lectores deberán recordar cómo él enfatizaba la necesidad de un Poder Ejecutivo fuerte en una sociedad de carácter violento e ideológicamente excitable como la francesa. Todos los pensadores derechistas y todos los grandes líderes franceses desde Luis XIV hasta Napoleón y Clemenceau han comprendido esta característica peculiar de la sociedad francesa y de su vida política.

Son estos ideales utópicos? Descuidan tomar en consideración la tendencia democrática de los tiempos, la necesidad de popularidad y el énfasis en las mejoras económicas? Por una parte, los conservadores franceses, al menos desde 1920, han venido repitiendo que los problemas del país, los económicos incluso, no pueden ser atendidos por un crecientemente debilitado Poder Ejecutivo y en una situación en la cual "la dictadura de la Asamblea Nacional" impide que medidas serias y eficaces se pongan en vigor y destruya la responsabilidad de los Gabinetes y de los Ministros. En este sentido, es más bien la Izquierda la que parece utópica, con su testaruda esperanza de cooperación Comunista, con su fascinación por el nuevo Frente Popular de la Izquierda no-Comunista, con su alianza con el Comunismo porque así "el Fascismo no pasará" seriamente sostenida por un hombre como Andrés Phillip. Esta incurable nostalgia por el contacto al menos con el partido de Thorez sólo puede explicarse por una ilusión, a saber, que la clase trabajadora está en el campo comunista y que se mantendrá inaccesible a todas las otras formaciones políticas hasta que el Partido Comunista mismo sea admitido a la comunidad

oficial y le sea permitido desempeñar un papel en proporción a su importancia numérica e ideológica.

Como dije al principio de este ensayo, el pensamiento conservador nacionalista de Francia, no es meramente una ideología, sino más bien y más directamente, una expresión de ciertas cualidades características de la sociedad francesa. En esta sociedad existe muy poca movilidad, y en consecuencia, no hay canales adecuados de comunicación entre los individuos y los grupos sociales. Este hecho explica, a su vez, el por qué las instituciones francesas son tan fuertemente cerradas y el que se desarrolle en ellas las marcadas tendencias conservadoras que resultan en "derechos adquiridos" y privilegios de toda suerte. La pobreza de la vida comunal, dice el Profesor Georges Lavau, refleja una altamente departamentalizada y jerarquizada sociedad en la que el paso de un estrato social a otro es aún mucho más difícil que en la mayoría de las naciones de Occidente. En estas circunstancias es perfectamente claro el por qué esas organizaciones que logran atravesar los estratos sociales son generalmente ideológicas: la Iglesia Católica por una parte y varios grupos izquierdistas, por otra. Es característico que esta estabilidad (otros la llaman inmovilidad o inercia) de la sociedad francesa sea ensalzada por algunos filósofos conservadores de Derechas como lo opuesto de la "atomización" y "uniformidad" de las de otras naciones más industrializadas. Por eso Gustavo Thibon es de opinión que "los más fructíferos y los más duraderos intercambios son aquellos que se establecen en las sociedades fuertemente diversificadas en distintos estratos, donde es difícil pasar de uno a otro de la jerarquía social".

El punto de vista de Thibon debe entenderse no sólo en los términos del concepto de Platon sobre justicia social, sino también en términos de la vida económica, industrial y agrícola de Francia. La ausencia de conocimiento mútuo de parte de grupos aislados de que habla el Profesor Lavau, se explica por el carácter rural y de pequeño comerciante de un gran segmento del país y de su población. A pesar del éxodo del campo, la agricultura es todavía la ocupación de muchas gentes, y, si uno ha de creer a los expertos, la tendencia en los próximos años es hacia el fortalecimiento de las clases rurales en vista de su integración dentro de la economía nacional no sólo como productores sino también como importantes consumidores de los productos industriales. Además, el pequeño comerciante todavía tiene en sus manos mucho de la distribución de mercaderías, las que cambian de mano cerca de siete veces más a menudo que en el más racionalizado sistema de distribución holandés, por ejemplo, antes de que llegue al consumidor. Ni está el "comerciante" deseoso de formar parte de una cadena de tenderos (como los pequeños pulperos lo han hecho en la Alemania Occidental), aun cuando no cesa de denunciar la amenaza de los grandes almacenes y de los crecientemente populares supermercados. En vez de organizarse económicamente, prefiere manifestar su descontento a través de canales políticos e ideológicos, como se demuestra por el popular, aunque fugaz, movimiento de Poujade de hace pocos años.

Naturalmente, el trasfondo económico y el básico conservatismo de la sociedad francesa no ofrecen una completa explicación de la actitud y del pensamiento

"derechista" de un segmento substancial de la élite del país. Igualmente, o aun más importante, es que existen ciertos factores históricos y políticos que íntimamente influyen la teoría derechista. A este respecto, debe tenerse en mente un hecho crucial y es que el 13 de Mayo de 1958 es, a los ojos de los escritores nacionalistas, una respuesta espectacular si no al 14 de Julio de 1789, al menos al 6 de Febrero de 1934. En aquel día, una masa, más bien desorganizada, compuesta de miembros de varios grupos del ala derecha, ligas y organizaciones promilitares invadieron la Asamblea Nacional en un intento de llevar a París la marcha sobre Roma que Mussolini encabezara doce años antes. El fracaso de aquel "golpe" imprevisto (pronto la Izquierda replicó con el Frente Popular) no dejó de molestar a los militantes de la Derecha; el efímero régimen de Vichy no fue de una naturaleza de otro aun mayor como fue el fracaso nacional y la ocupación alemana.

El regreso de De Gaulle ha sido diferente en que lleva en sí el sello genuinamente francés y, además, debido a la personalidad del General y a sus grandes ideas, satisface la casi religiosa vehemencia propia del nacionalismo francés, sea éste de Derecha o de Izquierda. Tal atmósfera nacionalista-religiosa rodeó la Liga de Patriotas (1882) de Paul Derouléde; para Maurras, la "premisa nacionalista" era un punto de partida que trascendía los antagonismos políticos hacia una religión del patriotismo.

Como todas las religiones, ésta también aspira a la unidad, y combate lo que considera como su mayor pecado, la fragmentación. No es para sorprenderse encontrar que el grupo Maurrasiano sostenga el ideal monárquico como su centro, puesto que sólo tal institución como la monarquía puede mantener esta unidad y puede garantizar, al mismo tiempo, la continuidad de la política nacional y suplir un arbitraje supra-partidista entre los diversos grupos contendientes, clases e intereses. Con diversos medios de expresión y de metáforas, pero sirviendo un mismo ideal, escritores nacionalistas desde Bernanos a Drieu La Rochelle, de Drumont a Pierre Bouffant sueñan con la restauración del Rey como el cierre del peligroso abismo abierto hace más de ciento setenta años.

Existe, sin embargo, una diferencia entre los nacionalismos de las últimas dos o tres generaciones, así como existe una diferencia entre la Francia de 1900, la Francia entre las dos guerras, y la Francia post-1945; mientras que la Derecha, desde la proclamación de la Primera República (1875) a Vichy, conecta con un eslabón mental e ideológico irrompible, la idea de la monarquía con la Francia de San Luis, y Juana de Arco, la Francia medieval de "caballeros y campesinos" (Bernanos). La presente generación de nacionalistas ha descubierto la compatibilidad del Rey y el mundo moderno. De allí nace la actitud presente, más dinámica y concreta, de la Derecha francesa y este modernismo el que da al movimiento del 13 de Mayo su casi revolucionario significado.

A pesar del "estilo" peculiar con que se expresa la mentalidad derecha-nacionalista francesa, las sorprendentes fórmulas que encuentra en su fluida elocuencia, la trágica vehemencia de sus discursos, la dignidad, el fuego y el fervor de un De Gaulle, un Malraux, un Debré, la Derecha francesa es más que una "religión patriótica", o, como sus enemigos prefieren llamarla, "una mística".

En un estudio sobre la Derecha Francesa, la total y decisiva importancia de la influencia de Maurras debe claramente enfatizarse. Antes de Maurras la Derecha Francesa era, hasta cierto punto y a través del siglo XIX, una reacción Católica en contra del Modernismo (según la definición, por ejemplo, de Pío IX en el Syllabus de errores modernos (1864) y después, la reacción de la nobleza rural y del campesinado contra la ciudad, los bancos, las compañías ferroviarias, los intereses mineros, es decir, la industrialización y proletarianización. Un Veuillot, un Drumont pertenecían a la vieja, incólume Francia Católica, y ellos lucharon en tantos frentes cuantos el creciente liberalismo y la democratización les presentaban

Con Maurras, la Derecha Francesa entró en un nuevo período, separada, en cierto sentido, del Catolicismo como una "religión", y desarrollándose, en cambio, como un Catolicismo "político". Para Maurras, que fue un gran admirador del positivismo de Comte, la Iglesia Católica no era principalmente la depositaria del mensaje de Cristo, una fe incuestionable y aceptable sin reticencias; eso era también, por supuesto, pero mayormente, la única institución sobreviviente en el mundo moderno que esté basada en la "jerarquía" y el "orden", y que debido a su misma estructura, sirve como símbolo y garantía para una similarmente construida estructura, jerarquía y orden en naciones católicas.

Fue sobre esta base que Maurras denunció el espíritu del Protestantismo: "Si en la conciencia del individuo, que es anárquica por naturaleza, infundimos la convicción de que puede establecer contactos directos con el Ser absoluto, esta idea de un Señor invisible y lejano debilitará en él el respeto que le merecen sus visibles e inmediatos superiores". Preferirá obedecer a Dios antes que a los hombres".

La Iglesia, pues, es la imagen visible de la autoridad, a la cual la más natural entidad política, el Estado, debe imitar. La primera virtud que se sigue desde este punto de vista del Estado es la "estabilidad", en el clásico sentido Mediterráneo de la palabra, que es la aproximación política del ideal estético griego y del genio romano de la política. Durante su vida, Maurras luchó en contra de la sensibilidad Romántica-Protestante que favorece el desorden por sobre el clásico concepto de la armonía y el equilibrio; él nunca cesó de contrastar "el caos obscuro" enraizado en el alma nebulosa de Alemanes y Británicos con "la belle notion de fini" representada por las razas Latina-Mediterráneas.

Las ideas de Maurras han penetrado profundamente en la substancia del pensamiento francés. Por décadas, su periódico, Acción Francesa, en el que tenía tan brillantes colaboradores como León Daudet y Jacques Bainville, era el foco de la ideología derechista, la fortaleza desde la cual salía y asaltaba las ciudadelas enemigas. Hasta 1926, año en que la sanción oficial de la Iglesia le dió un golpe decisivo, Acción Francesa era el punto de reunión de innumerables católicos, viejos y jóvenes, sacerdotes y seglares, civiles y militares. Después que la amenaza de excomunión fue pronunciada en contra de todo Católico que la ayudara, Acción Francesa perdió mucho de su influencia y el movimiento a que le dió su nombre, comenzó a desintegrarse en pequeñas ligas y organizaciones, incapaz de resistir la tentación Fascista, y a descomponerse, diluir y simplificar el pensamiento del maestro.

De 1940 a 1944 Maurras mismo se mantuvo alejado del régimen de Vichy aun cuando la mayoría de las posiciones claves fueron ocupadas por gentes que, con derecho o sin él, reclamaban permanecer fieles a sus ideas. Después de la victoria aliada, fue sentenciado a prisión, en la que murió en 1952, mientras que muchos de sus seguidores fueron ejecutados y encarcelados o sometidos a diversas formas de depuración. Las justas o injustas medidas represivas sufridas, mantuvo a los miembros de la Derecha en un estado de ánimo reservado por unos tres o cuatro años, durante los cuales no había medio de rehabilitación, mucho menos de organización política. Aquellos que votaron en las elecciones nacionales escogieron como asilo político el M.R.P., el partido católico que, como resultado, comenzó a moverse más y más hacia la Derecha, en oposición al deseo original de sus fundadores. Sin embargo, el M.R.P., demostró ser un asilo apenas temporal, pues cuando De Gaulle organizó su Unión del Pueblo Francés, los votantes del ala derecha se agruparon bajo sus banderas.

No hay duda de que los increíbles éxitos de De Gaulle tienen origen en su propia dominante personalidad, en sus perseverantes cualidades y su fe en una causa justa. Mas es igualmente cierto que estos éxitos son sistemas de un cambio en el clima social y político de Francia y, primero que todo, de un estado de ánimo confiado de la Derecha tradicional.

Esta reaparición de la Derecha se manifiesta de tres maneras:

- 1) La aparición de una nueva clase media salida de la post-guerra;
- 2) La nueva conciencia política del Ejército;
- 3) El papel de la vanguardia intelectual, nacionalista y reformista

1)—"El progreso económico", escribe el Profesor René Rémond, "lejos de confirmar la predicción Marxista de una sociedad dividida entre grandes capitalistas y masas proletarias, tiende a ensanchar y consolidar las categorías intermedias". Esta prosperidad, a pesar de los gobiernos chapuceros, de los despilfarros y de la anticuada estructura industrial francesa ha dado por resultado el ensanchamiento de las clases medias y el aceleramiento del "aburguesamiento" de grandes secciones del proletariado. La motivación ideológica de esta clase no puede definirse con claridad; más bien puede decirse que encuentra una base en su propia inercia: conformismo social, indiferencia o aun desprecio por la política, amor por la estabilidad —rasgos conservadores. Además de esto, sin embargo, su apego por los valores de la Civilización Occidental y la Cristiandad vienen a ser una gran defensa en contra de las ideas radicales; por otra parte, el hecho de que es una clase mucho más amplia que la burguesía tradicional justifica sus preferencias democráticas.

2)—Los intelectuales y políticos de izquierda están todavía luchando en contra de la imagen tradicional del oficial del ejército, rico, altivo, con una inclinación mística, renuente a ver más allá del estrecho horizonte de la vida de cuartel y de una gloria que ya no es posible. Típica de este prejuicio es la novela reciente de Pierre-Henri Simon que tiene por tema la "crisis de conciencia" de un joven oficial, Jean de Larsan. Simon lleva al héroe hasta su trágico fin describiendo cómo "ha permitido que el espíritu de crítica y los demonios de la reflexión" se

apoderaran de él y cómo, al final, llegó a hacerse intolerable al Ejército que es "la institución cuya fuerza estriba precisamente en su total desprecio por la reflexión".

Es verdad que por temperamento, mentalidad y educación los oficiales que comenzaron el movimiento de Argelia de 13 de Mayo tienen mucho en común con la tradicional Derecha. De Gaulle mismo fue en su juventud un prosélito de Maurras. Pero en los largos años de guerra en Indochina han llegado a aprender dos cosas: primera, que en el siglo XX, el interés por el bienestar material de las masas es el puntal de toda política; segunda, que para contrarrestar el monopolio que el Marxismo ha logrado establecer en sus dominios, especialmente en las vastas y efervescentes áreas de Asia y Africa, los enemigos del Comunismo deben adoptar la técnica revolucionaria y la psicología propagandista del mismo.

Cuando se considera el nuevo papel político del Ejército en Francia, debemos de recordar que en los países latinos, sea en España o en América, el ejército no es una entidad despreciable y que su apoyo o benévola neutralidad es a menudo un factor importante para la estabilidad política. Además, durante los últimos veinte años, cuando la tradicionalmente aceptada estructura y filosofía de la Democracia ha sido combatida con creciente violencia, los políticos rutinarios han tenido que ceder el campo a los hombres que representan nuevas ideas y tienen más dinamismo para instaurar nuevas políticas. Así no sorprende sino a la Izquierda que el militar, —el militar "intelectual", deberíamos decir— prueban las nuevas ideologías que agitan nuestros tiempos y, particularmente, a los países que sufren importantes transformaciones y se aprovecha de la disciplina y de la estructura jerárquica que es suya por esencia. Que no, necesariamente, abusa de su poder —como la quejosa Izquierda nos quiere hacer creer— fue demostrado en la Argentina donde el Ejército y la Marina derrocaron a Perón y entregaron al país a un gobierno legalmente electo.

3)—Ahora tratemos del grupo de intelectuales cuyos libros, artículos, polémicas y acción política han formado el pensamiento de la Derecha de post-guerra. Lo primero que puede decirse acerca de ellos es que no han formado un grupo compacto similar al que, por más de una generación, se había formado alrededor de Maurras y de "Acción Francesa". Esto es un signo de debilidad así como de fuerza: de debilidad porque la Derecha Francesa es, por temperamento y tradición, creyente en los lazos de la lealtad entre el jefe y sus seguidores, y tiene el culto de la autoridad; con todo, el vacío dejado por Maurras no ha sido llenado, y quizás no lo sea nunca. El Conde de París, pretendiente al trono, conserva la lealtad de muchos, pero el fuerte de los Maurrasianos, sin embargo, no ha olvidado que en 1937 él repudió a Maurras, el único hombre que había hecho más por mantener viva la causa de la Monarquía que cualquier otro francés.

Por otra parte, la mayor movilidad de los intelectuales Derechistas, que no se encuentran ligados a "una" persona, "una" publicación, "una" doctrina, es una ventaja en una sociedad en la que existen tan variadas clases, las que tienen que ser impresionadas y convencidas ahora como no lo fueron antes.

NOTA: Thomas Molnar es profesor de francés del Brooklyn College y colaborador de las más serias revistas de Europa y América.